

para mi daño y perdicion. Librame de tantos peligros, y librame de mí mismo, porque si me aparto de vos, si me separo de vos, ya preveo las tinieblas palpables que han de oscurecer y ofuscar mi razon, los espantosos vicios que han de estragar mi corazon. Si tu gracia no me mueve y no me sustenta, jamas seré el que debo. Comunica á la virtud aquellos atractivos poderosos que han sabido rendir tantos corazones. Pidante otros riquezas, honores, gloria mundana; que yo á ejemplo del jóven Salomon, solo te pido virtud y sabiduría: *salva nos, perimus.*

Vivid seguros de que súplicas tan santas serán bien despachadas, y que deseoso nuestro Dios de lograr vuestros primeros suspiros, no permitirá que un corazon que quiere ser suyo, sea despojo del infierno.

Por último, sed amantes de la soledad, del retiro, del trabajo; no tratéis con el mundo sino lo que sea indispensable segun vuestro estado, obligacion ó profesion; huíd de esas concurrencias poco cristianas donde se pone todo el estudio y esmero en despertar las pasiones de modo que no hay fuerzas que basten para amortiguarlas despues; huíd de las conversaciones libres y disolutas, donde se aprende lo que nunca debiera saberse, y lo que con tanta dificultad se olvida; huíd de las diversiones, hijas de la ociosidad é incentivo de las pasiones, donde lo mejor que se aprende es cierta relajacion de espíritu, cierto desvío de las cosas de Dios, cierta frialdad en la oracion, cierto amor al mundo, cierto olvido de la salvacion que estraga y enflaquece la virtud mas robusta. Preguntáos á vosotros mismos ¿si habéis vuelto jamas de ellas como fuisteis? De qué imaginaciones no volvió llena vuestra cabeza! qué fermentacion en el corazon! qué inquietud en el entendimiento! Vuestros ojos habian ya dejado de ver los objetos halagüeños y falaces y aun los tenia presentes vuestra fantasía. De aquí procede el hastío de la devocion, la mayor libertad de la conciencia, porque nos acostumbamos al pecado incitados de la multitud y del ejemplo de los que le cometen.

Pero ¿á qué rigor de vida, á qué remo nos condenáis? dirá alguno. ¿A qué propósito hemos de anticiparnos las molestias de la vejez, y hemos de malograr nuestros mejores dias? Con que para nosotros ya se acabaron los gustos? ¿y ha de durar esto no ménos que todo el prólijo discurso de nuestra vida?

¿Todo el prólijo discurso de nuestra vida? decís; y ¿quién os ha asegurado que vuestra vida se ha de alargar á tanto? De aquí á un poco os veréis acaso sumidos en el sepulcro. ¿Cuántos de los que hay en esta iglesia, cuántos de los que me oyen, y que les parece imposible vivir tanto tiempo privados de los placeres del mundo, no verán otra primavera, otro año nuevo?

Con que para nosotros ya se acabaron los gustos? — Pero de qué gustos habláis? Es verdad que viviréis privados del gusto de oír despedazar la fama de vuestros hermanos con envenenadas murmuraciones, con inauditas calumnias; de oír máximas impías y detestables con grave escándalo de la Religion; de oír cantar esas tonadas lascivas, que vienen á ser las canciones del demonio de la impureza, que ultrajan el pudor y deshonoran el cristianismo. Si estos son vuestros gustos, no blasonéis de tener el alma pura y limpia. Ignoráis el cáncer de vuestro corazon, aunque ha hecho ya en él mortales estragos; y entended que os falta ya el amor de Dios, si gustáis de semejantes placeres.

Con que para nosotros ya se acabaron los gustos? — Y cuando para asegurar vuestra salvacion fuere necesario renunciar á todas las comodidades de la vida, ¿no merece la eternidad sacrificios todavía mas dolorosos?

Con que para nosotros ya se acabaron los gustos? — Y ¿cuándo la vida de un cristiano ha sido vida de gustos y deleites? Jesucristo nace pobre, desconocido, humillado, llorando, y espira en una cruz; la Iglesia de Jesucristo nació de la sangre de su esposo, su cuna se vió mil veces ensangrentada por el acero de los tiranos, y su alimento no fué otro que lágrimas y suspiros; los santos vivieron mortificados y abatidos; y ¿queremos reinar nosotros con ellos, sin padecer y batallar con ellos?

Con que para nosotros ya se acabaron los gustos? — O cielo santo! qué injuria hacéis á vuestro Dios! ¿pensáis que no tiene poder para resarciros con los consuelos que experimentaréis en su servicio, de los deleites de que os privéis por seguirle? Preguntád á esa multitud de vírgenes consagradas á Dios que con tanta alegría se encierran en los claustros; á esos solitarios que en la flor de su edad se sepultan en los desiertos, si están descontentos con su estado. ¡Cuán animosamente andan por el camino de la salvacion! ó por mejor decir, no andan, sino que vuelan llevados en alas de la gracia! ¡Qué sua-

vidad sienten en corresponder á los llamamientos que los guían!

¡ O Dios de Israel, Dios de las virtudes y de los deleites verdaderos! ¡ qué dulzura no se experimenta en andar por la senda de vuestros mandamientos! *Quam bonus Israël Deus his qui recto sunt corde* (1)! Ni el esplendor de la majestad, dice David, ni la gloria de mis triunfos, ni las delicias de que está sembrado el trono, ni un pueblo numeroso y solícito por perpetuar en mi ánimo el gozo y los placeres transitorios, alcanzan á hacerme feliz: solo el cumplimiento de tu santa ley puede infundir en mi corazón deleites capaces de satisfacerle. Nada puede compararse con la suavidad que siento en meditar tus juicios y en llorar en tu presencia: *Quam bonus Israël Deus!* Mirád á un Pablo fugitivo, desterrado, perseguido, llagado, bañado en sangre; y su corazón rebosando gozo; su alma no puede contener los dulces impulsos que la arrebatan: *superabundo gaudio* (2). Mirád al grande Antonio, internado en una soledad espantosa por espacio de mas de cincuenta años, pasando en oracion los días y las noches; cómo se queja de que las horas corran con tanta velocidad, y de que el sol con su luz importuna le prive de las dulzuras de la contemplacion. Mirád á un Javier peregrinando por las inmensas provincias de la India, regadas con su sudor y sangre, padeciendo hambres, sed, desnudez, cómo se lamenta: pero de qué? de su excesiva felicidad. Detén, Señor, dice, este torrente de delicias que me embriaga, pues mi corazón desfallece, y no puede soportar el deleite que le inunda: *satis est, Domine, satis*. Mostrádmeme en fin un solo hombre verdaderamente santo y justo, que se fastidie de vivir en Dios y con Dios, que no diga, como David, que un instante pasado en la presencia y en la casa del Señor no vale mas que mil años vividos en los palacios de los pecadores. Hacéd vosotros mismos la experiencia: *gustate et videte quoniam suavis est Dominus* (3): servíd al Señor, y no os apartéis de él hasta que os canséis de servirle. No os asegura él que su yugo es suave y su carga lijera? *jugum meum suave est, et onus meum leve* (4). ¿ Por qué creéis pues que es falso é infiel en sus promesas? Si creéis los misterios que os ha revelado acerca de la vida futura, ¿ por qué du-

(1) *Psalm. 72. v. 1.* (2) *II. ad Cor. c. 7. v. 4.* (3) *Psalm. 33. v. 9.*  
(4) *S. Matth. c. 11. v. 30.*

dáis de la felicidad que asegura se encuentra en su servicio? ¿ no es el mismo Dios el que os habla: *jugum meum suave est?* Sí, amado hermano mio, esa virtud que te parece tan austera y melancólica, es un fecundo manantial de donde se deriva continuamente una alegría pura y deliciosa, mas estimable sin comparacion, que aquella alegría sensual que atosiga los sentidos; esta es una alegría transitoria y falaz que apenas nace cuando espira: aquella una alegría permanente que no conoce mudanza ni variedad; esta una alegría bulliciosa y loca, interrumpida de pasiones furiosas y seguida de agudos remordimientos: aquella una alegría espiritual que enajena el alma sin turbarla, la embelesa sin apasionarla, fortalece el espíritu en lugar de debilitarle; alegría que el hombre posee sin dejarse poseer de ella; con la cual todo está en paz y en debido lugar. La razon aprueba los deseos del corazón, y el corazón sigue gustoso las leyes de la Religion y de la razon. Creéd á los santos que hablan por experiencia, y no creáis á los impíos que blasfeman lo que ignoran.

Con que ya se acabaron para nosotros los gustos? — Y ¿ qué deleite piensas hallar en el pecado? Díme, esclavo infeliz del demonio, pregunta san Juan Crisóstomo, de las veinte y cuatro horas del día y de la noche, en cuál de ellas sosiegas? Como tú seas capaz de numerar tus inquietudes, tus sinsabores, tus dolores, tus sentimientos, tus impaciencias, tus desesperaciones, tus tristezas, yo me obligo á contar las arenas del mar. Qué estado tan miserable! Estar temblando siempre y temiendo la perdicion de tu alma! Si la muerte me arrebatara, qué será de mí? qué haré sino consumirme, perecer y abrasarme en los fuegos eternos: *impij autem quasi mare fervens* (1).

Con que ya se acabaron para nosotros los gustos? — Ah! decid mas bien que os excusaréis innumerables zozobras sirviendo á Dios con perseverancia. No, católicos, no por cierto, no intentamos privaros de vuestros deleites; solo buscamos vuestra verdadera dicha. Entendéd que los demas os engañan y os pierden, y que os estará mas cara vuestra condenacion que vuestra salvacion. Tú, hombre sensual, has aniquilado tu cuerpo, has estragado tu salud, has perdido tu buen nombre y caudal; pero has saciado á lo ménos tu pasion? ¿ ó no es verdad, que el

(1) *Isai. c. 57. v. 20.*

infernál fuego que ocultas bajo esas canas, te abrasa todavía y te consume con la misma actividad que al principio? Si el tiempo pues que empleaste en solicitar, en prometer, en rogar para rendir y corromper esa persona que te trae fuera de tí, le hubieras gastado en mirar por tu alma, ya hubieras aplacado la ira divina: y tú, hombre avariento, si hubieras dedicado á la obra de tu salvacion esos cuidados, esas fatigas, ese trabajo con que has servido al ídolo del dinero, hubieras ya ganado el cielo, tu Dios estaria satisfecho, y tu pasion no lo está todavía.

No permitáis, Dios mio, que yo ande por los peligrosos caminos por donde veo correr esos jóvenes desatinados. En vano hará el mundo en mi presencia ostentacion de sus embelesos halagüeños, y me exagerará sus gustos pecaminosos, pues yo he de amaros, y ya os amo; yo soy vuestro, y quiero serlo: *Quid enim mihi est in celo, et à te quid volui super terram* (1)? ¿Es posible que haya hombres que para amaros esperen al último día de su vida? Bien diferente de esos ingratos, solamente quiero vivir para amaros: *à te quid volui super terram?* A tí, Señor, enviaré mis primeros suspiros; por tí correrán mis primeras lágrimas; á tí te solicitarán mis primeros deseos; tú serás el primero, el último y el único objeto de mi amor; tú recibirás mis primeros y últimos alientos. Y con todo eso creeré yo amarte bastante? creeré que empiezo á amarte desde muy temprano? Yo te amo, Señor, y solo amo á tí: *à te quid volui super terram?* Yo te amo, y lo repito con suma complacencia. En mi corazon no arde ni arderá jamas la llama del pecado: tu gracia ha encendido en mi alma este limpio amor que es todo mi regalo. Sea yo tan dichoso que perezca mi vida, ántes que se apague en mí la llama de la caridad: si prevés que algun día me he de apartar de tí, corta el hilo de esta desgraciada vida. Yo te amo, y quisiera amarte mas y mas: mi amor no pide otro galardón que otro amor mas fino y vehemente: *à te quid volui super terram?* Hago yo, Dios de mi corazon, libremente y por eleccion en este mundo lo que espero hacer en virtud de los invencibles atractivos de tu presencia en la eterna bienaventuranza. *Ad quam, etc. Amen.*

(1) *Psalm. 72. v. 25.*

## SERMON

DE LA FRECUENCIA  
DE LOS JURAMENTOS.

(DE ARMAÑÁ.)

*Euntes renuntiate Joanni quæ audistis et vidistis.*

Id y contád á Juan lo que habéis oído y visto.

*S. Mateo, c. 11, v. 4.*

Más ansioso el santo Precursor del remedio universal del linaje humano, que del alivio de las propias penalidades, al oír los prodigios de Cristo señor nuestro que publicaba la fama, desde la cárcel, donde se hallaba cargado de cadenas, oprimido de trabajos, expuesto á una muerte cruel, llama luego á dos de sus discípulos, y les encarga que vayan á preguntar al Señor, ¿si es el Mesías generalmente deseado? Cumplen los discípulos el encargo: preguntan á Cristo, ¿si es el verdadero Mesías? Y la respuesta del Salvador es, que digan á Juan lo que han visto y han oído ellos mismos; que los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan, los leprosos y enfermos recobran la salud, los muertos resucitan y los pobres gozan ya el gran consuelo de que se les anuncie la felicidad verdadera. Un testimonio de sucesos tan extraños y de tanta importancia, que sumamente interesaban á todo el mundo, parece que convenia confirmarse con juramento solemne para su mayor crédito y autenticidad. ¿Juraron en su declaracion aquellos discípulos? les previno Cristo que jurasen? No dice tal el santo Evangelio. Cristo les mandó, que declarasen fielmente la verdad de tan admirables hechos; pero que la declarasen con juramento, ni lo previno, ni lo significó.

Esta reflexion, al paso que hace ver cuán ajena es de la doctrina de Cristo y de la Religion cristiana, la facilidad y frecuencia de jurar, me mueve hoy á declamar contra el abuso de los juramentos, tanto mas digno de excitar mi zelo pastoral, cuanto